

UN E-MAIL PARA ANTONIO LÓPEZ EIRE  
alopezere@eternet.com

Hola, Antonio, he recordado nuestros días de infancia tardía y adolescencia y hubiera querido hablar de ellos personalmente contigo. A falta de ese diálogo, están la fantasía, el diálogo interior y silencioso con tu imago – que llevo dentro, más allá de las contingencias de la presencia y la ausencia – y este invento del correo electrónico, que no sabe de lugares ni de fronteras.

Querido Antonio, en aquellos tiempos éramos probablemente demasiado precoces y algo cursis. Nuestras conversaciones – en el Instituto, en la calle y en tu casa – giraban ya en torno al lenguaje, al mundo griego de la antigüedad y a la ramplonería de lo que nos rodeaba, de esa España descolgada del mundo de la libertad y la cultura. Tú y yo nos atrevíamos a pensar por nuestra cuenta, más allá y por encima de lo que había alrededor. Recuerdo un día, una tarde de otoño del año 58 o quizás 59, dando vueltas a la Plaza Mayor de Salamanca, con Daniel, el franchute que pasaba una temporada con vosotros. La conversación fue más o menos así:

--- ¿Qué opinas tú de la sabiduría?

--- Yo creo que es el resultado de un conocimiento largo

--- Sí, pero Sócrates, que era un verdadero sabio, decía que él no poseía ese don y que por eso preguntaba y preguntaba, sin dar nunca respuesta alguna

--- Es que a mí me parece que la verdadera sabiduría viene seguramente de conocerse a sí mismo y no de la acumulación de conocimientos teóricos

- Conócete a ti mismo: eso es lo que dijo precisamente Sócrates y ahí debe estar la clave del asunto
- Yo creo que eso lo dijo más bien Quilón, aunque se atribuye a Sócrates. Pero no importa. Ahí está la respuesta a la cuestión
- Claro, y así sabio es quien sabe mirar dentro para conocerse y con eso le basta para ser feliz en la vida
- Sí, le basta porque, más allá del tener, pretende, ante todo, ser: ser de verdad, ser sin contarse cuentos sobre sí mismo
- Pues estamos de acuerdo. El que ha llegado a ser sabio, ha logrado liberarse de las cadenas de la ignorancia de sí mismo

Caro amigo, decididamente éramos bastante precoces y algo cursis, teniendo en cuenta la edad y lo que nos rodeaba. Sin embargo, nuestro interés por el lenguaje y el conocimiento debió marcar definitivamente nuestro guión de vida. Tú, llegaste a ser un filólogo y un helenista de renombre internacional, un buen partero del lenguaje y del saber. Y, en cuanto a mí, me convertí en un aceptable comadrón de mentes y almas, a través precisamente del método mayéutico. Los dos oficios no son, en el fondo, tan distintos: ambos son obstétricos y en ambos el lenguaje y la retórica están por medio. ¿No es casualidad?. Me parece, además, que tú y yo hemos compartido —en nuestros respectivos oficios— una dialéctica oscilatoria entre una posición socrática —orientada a la búsqueda de la interioridad, de la subjetividad— y una posición sofística, en el buen sentido, más allá de sofisterías y orientada hacia la exterioridad, lo socioverbal, lo sociocultural, lo empírico y lo objetivo y también, a qué dudarlo, hacia la retórica y la oratoria.

En fin, Antonio, que hemos sido y somos como éramos entonces, que seguimos igual: tú ahora viviendo en el Éter, personificación de la luz pura y de la lucidez; y yo todavía por aquí, en la Tierra, de luz bastante menos pura cuando no de ceguera total.

Recibe un fuerte abrazo y hasta otra. ¡Ah! y no te comas mucho el coco.

jfbasabe@terra.es  
*José F. Basabe Barcala*